

39.

VIDA DEL EXTÁTICO PADRE

SAN JUAN DE LA CRUZ









J. M. J.

VIDA DEL EXTÁTICO PADRE
SAN JUAN DE LA CRUZ

NATURAL DE FONTIVEROS
EN LA DIÓCESIS DE ÁVILA

PRIMER CARMELITA DESCALZO

Publicada con el objeto de preparar á los fieles
á la celebración del tercer centenario de su gloriosa muerte
acaecida el año de 1591

POR EL RDO. P. FR. GREGORIO DE SANTA SALOMÉ

CARMELITA DESCALZO

EN EL CONVENTO DE LA SANTA, EN AVILA



MADRID.—1891
IMPRENTA DE DON LUIS AGUADO

Pontejos, 8.—Teléfono 697

for ~~Handwritten~~ ~~the~~
Jung Bonn ~~the~~



VIDA DEL EXTÁTICO PADRE

SAN JUAN DE LA CRUZ



J. M. J.

VIDA DEL EXTÁTICO PADRE
SAN JUAN DE LA CRUZ

NATURAL DE FONTIVEROS

EN LA DIÓCESIS DE ÁVILA

PRIMER CARMELITA DESCALZO

Publicada con el objeto de preparar á los fieles
á la celebración del tercer centenario de su gloriosa muerte
acaecida el año de 1591

POR EL RDO. P. FR. GREGORIO DE SANTA SALOMÉ

CARMELITA DESCALZO

EN EL CONVENTO DE LA SANTA, EN AVILA



MADRID.—1891

IMPRENTA DE DON LUIS AGUADO

Pontejos, 8.—Teléfono 697



SAN JUAN DE LA CRUZ

J. ✠ M,

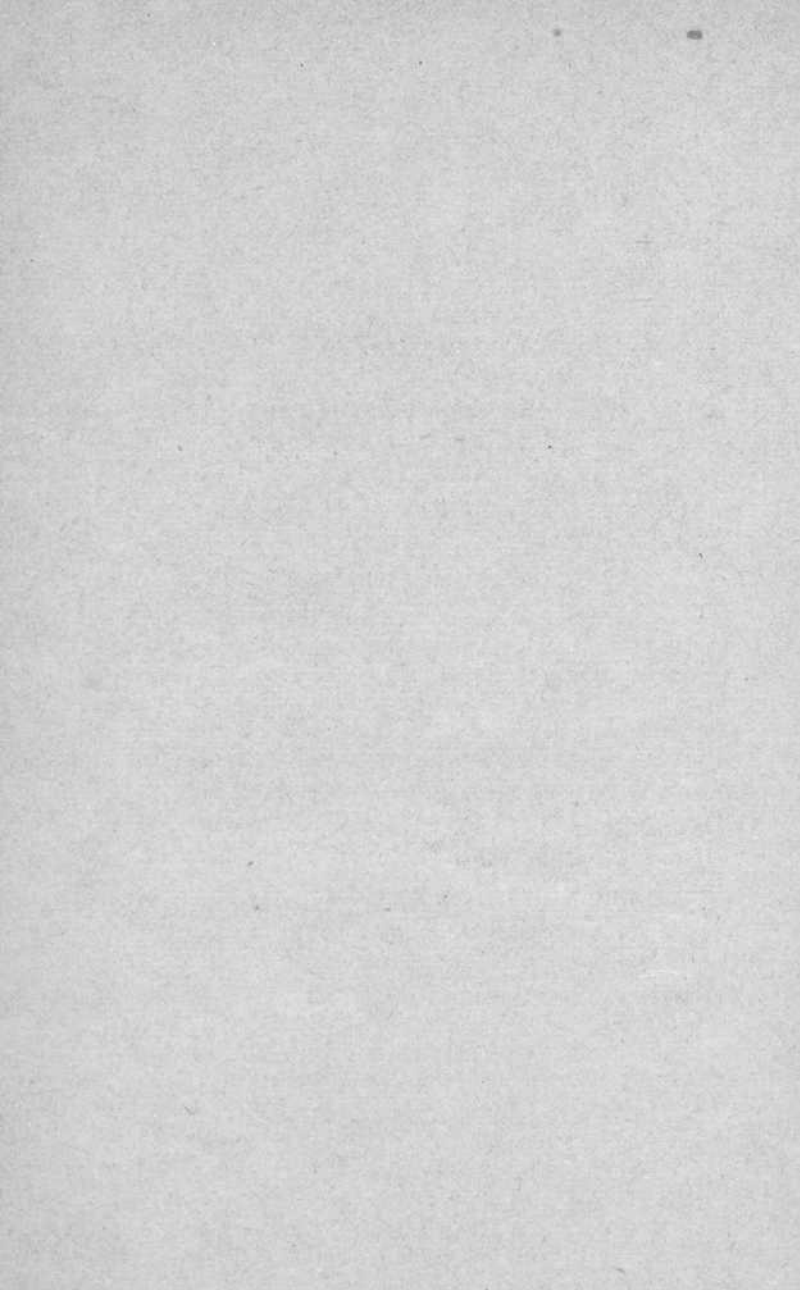
FR. HIERONYMUS MARIA AB IMMAC. CONCEPTIONE

PRAEPOSITUS GENERALIS FRATRUM EXCALCEATORUM ORDINIS BMAE. VIRG. MARIAE DE MONTE CARMELO EJUSDEMQUE S. MONTIS PRIOR.

Cum opus, cui titulus *Vida del extático Padre San Juan de la Cruz*, a Rdo. P. Gregorio a Sancta Salome Definitore Provinciali, et Sacerdote Professo Provinciae nostrae Navarrae compositum, duo e nostris Theologis examinauerint, nihil que in eo offenderint quod catholice Fidei et bonis moribus aduersetur; licentiam, quantum ad Nos attinet, concedimus ut typis edatur, servatis omnibus de jure seruandis.

In cujus fidem, etc.

Datum Romae, ex Aedibus Nris. Generalitiis SS. Theresiae et Joannis a Cruce, die 19 Decembris anni 1883.—*F. Hieronymus Maria ab Immac. Conceptione*, Praep. Generalis.—*Fray Seraphinus a. S. Theresia*, C. C. Secrius.



En virtud de atento oficio del 12 de Diciembre anterior, que V. E. I. se sirvió dirigirme, he examinado detenidamente el opúsculo intitulado *Vida del extático P. San Juan de la Cruz*, por el Revdo. P. Fr. Gregorio de Santa Salomé; y no encontrando en él cosa alguna contraria á la fe y buenas costumbres, antes bien creyendo que su lectura puede servir de edificación á los fieles y preparar su ánimo á la celebración del tercer centenario de su gloriosa muerte, que es el fin que se propone el autor, puede, en mi opinión, autorizarse su publicación.

Dios guarde á V. E. I. muchos años. Avila 20 de Enero de 1884. = DOCTOR MARIANO NAVARRO, Canónigo Doctoral. = Excmo. é ilustrísimo Sr. Obispo de Avila.

DEDICATORIA

AL EXCMO. É ILMO. SR. D. CIRIACO SANCHA

DIGNÍSIMO OBISPO DE AVILA

ILMO. SR.:

Estando para dar á luz este opusculito, que trata de la vida y virtudes de mi glorioso Padre y Doctor místico de la Iglesia San Juan de la Cruz, no he sabido á quién dedicarlo mejor que á V. E. I., á quien el mismo Dios escogiera para Pontífice y Pastor de aquella porción del rebaño de Jesucristo, cuna feliz de este esclarecido Santo, Padre y Reformador, con la incomparable virgen Santa Teresa de Jesús, de la antiquísima Orden del Carmen.

Coneste corto tributo de veneración que presento á V. E. I. movido del deseo de que Nuestro Señor sea más y más alabado en sus Santos, pretendo también secundar los sentimientos de piedad y de ardiente celo de que está animado el corazón verdaderamente paternal

de V. E. I. por la salvación de las almas que le están encomendadas y por las de todo el mundo.

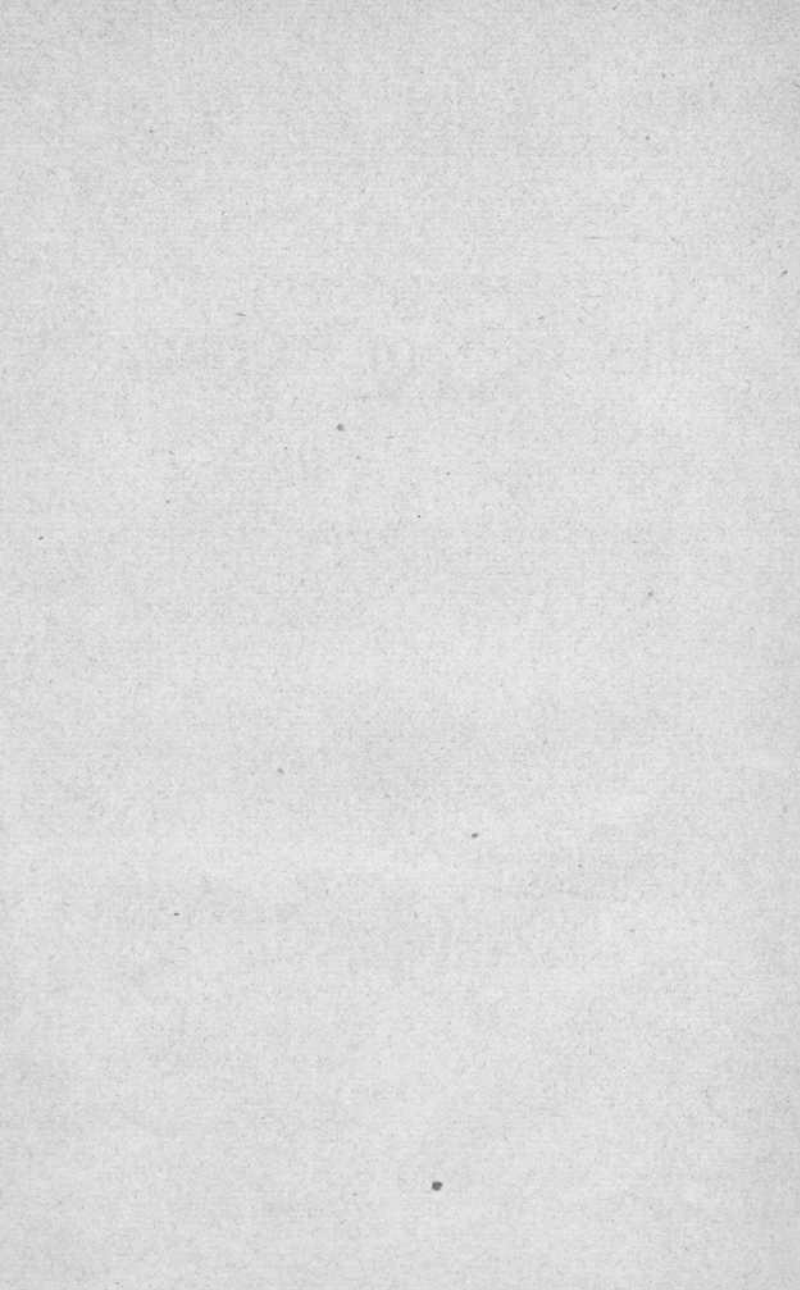
Uno de los medios que V. E. I. ha pensado emplear para lograr tan divino objeto, es ofrecer á la consideración del pueblo fiel, en la ejemplar vida de San Juan de la Cruz, con motivo del tercer centenario de su glorioso tránsito, un modelo perfecto de aquella vida celestial y divina que el Soberano Maestro, el Hijo de Dios, vino á enseñarnos, primeramente con su ejemplo, y después con sus palabras: *Coepit Jesus facere et docere*. Pensamiento sublime y muy digno del que ha sido puesto por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios, y que revela asimismo la devoción de V. E. I. hacia el Doctor místico de la Iglesia.

La sabiduría y piedad de V. E. I. suplirá lo que sea necesario para que la diócesis de Avila y todo el mundo católico alabe á Dios, que sabe proporcionarnos, en tiempos tan calamitosos, medios tan poderosos de salvación. No ignora V. E. I. que lo fueron en extremo los días en que San Juan de la Cruz vivió más como ángel que como hombre, y que Dios se valió de él, como de Teresa de Jesús, para oponer á la mal llamada Reforma protestante una verdadera reforma, que tantas almas ha llevado

y llevará á la íntima unión con Dios Nuestro Señor.

¡Ojalá que la memoria de las virtudes y doctrina celestial de San Juan de la Cruz, que, aunque en compendio, ofrecemos á los fieles en este opusculito, sea un medio poderoso para reformar las costumbres y reanimar la casi extinguida fe de nuestra desgraciada sociedad! Este es mi deseo, que no es sino el mismo que, como he dicho, ha movido á V. E. I. á publicar esta vida de mi Padre San Juan de la Cruz.







VIDA DEL SANTO PADRE

SAN JUAN DE LA CRUZ

CAPÍTULO PRIMERO

De la niñez y entrada en religión de San Juan de la Cruz.

SAN Juan de la Cruz, Padre y reformador, con la Santa Madre Teresa de Jesús, de la Orden de Nuestra Señora del Carmen, nació en la villa de Fontiveros, en el obispado y provincia de Avila, en España. Fueron sus padres Gonzalo de Yepes y Catalina Alvarez, naturales el primero de la noble villa de Yepes, y la segunda de Toledo. Gonzalo, aunque descendiente de una familia noble y bien acomodada, se enlazó con los vínculos del santo matrimonio con doña Catalina, doncella pobre, sí, pero honesta y muy virtuosa.

Desamparado D. Gonzalo de sus deudos por la desigualdad, se vió en la precisión de aprender el oficio de doña Catalina, que subs-

tentaba su pobreza con un telar de sedas. Providencia admirable del Señor, que los destinaba para ser padres de un Santo que debía imitar en un todo al divino modelo. Tres hijos varones les dió el Señor, y tales como se podía esperar de aquel virtuoso vínculo. El primero fué Francisco de Yepes, que en vida y en muerte dió pruebas de verdadero amigo de Dios. Luis, que primero gozó de la vida eterna que conociese la temporal, fué el segundo; Juan, el tercero y objeto de esta obrita, nació el año de 1542; se ignora si fué el día de San Juan Bautista ó Evangelista. Criábanle sus virtuosos padres en mucha religión y piedad, á las que respondía él con una docilidad tal que mostraba bien haber sido prevenido con las más dulces bendiciones del cielo.

Siendo aún nuestro Santo muy niño perdió á su virtuoso padre, quedando la afligida madre reducida á la mayor orfandad, sin más recursos que el trabajo de sus manos. Esto la obligó á pasar á Medina del Campo, lugar mayor y de más comodidades en aquel tiempo, donde creyó encontrar con más facilidad que en Fontiveros medio de substentarse y substentar á sus tres hijos; pero antes quiso el Señor con un milagro dar á conocer á los habitantes de aquel lugar que tuvo la dicha de ver nacer á nuestro Santo cuán de su agrado era aquel niño.

Jugaba un día con otros niños en tirar varitas á una laguna, las cuales introducían en el agua para volverlas á coger. Sucedió que, queriendo el bendito niño coger la que había introducido, se venció su cuerpecito hacia el agua y cayó en la profundidad de la balsa. Aunque se hundió vió que le sacaba una mano misteriosa, y después que se le acercaba una bellísima Señora para sacarle de entre el lodo y cieno de la laguna; instaba la Señora, pero rehusaba el niño por no mancillar con el lodo tanta belleza. Esto dió ocasión á otro prodigio, á saber: á que el castísimo Esposo de la celestial Señora se acercase en traje de labrador para vencer la piadosa cortesía del bendito niño y saliese del peligro que corría su vida.

Esta maravilla confirmó más y más en los vecinos de Fontiveros la idea que habían formado de nuestro Santo, de que Dios le tenía destinado para fines altos de su gloria.

Después de tan admirable suceso salió aquella desamparada familia de Fontiveros y llegaron á Medina del Campo, donde, habiendo ensayado algunos oficios para mantenerse, observó la buena señora que su hijo Juan, aunque mostraba tener buen entendimiento, apenas se acomodaba á los oficios mecánicos. Así se determinó á mandarle á un Seminario donde pudiese dedicarse á los estudios. Animábale más y

más á proseguir en este designio una visión extraordinaria. Venía un día con sus hijos de cierta aldea á Medina, y vió que un espantable monstruo se llegaba á su hijo Juan con la boca abierta para tragarle; mas el bendito niño, sin turbarse, hace la señal de la cruz, poniendo al dragón infernal en vergonzosa fuga.

Dedicado ya á los estudios, presto fué la admiracion de todos por su aplicación, pero sobre todo por su virtud nada común en los de su edad. Prendado D. Alonso Alvarez de Toledo, persona principal y administrador de un insigne hospital en aquella villa, de la modestia, dulzura y candor del niño Juan, pidiósele á su madre, cuando sólo contaba doce años, para servicio de los pobres enfermos. Aquí nos quiso dar la Madre de Dios una segunda prueba de la predilección hacia este su fidelísimo siervo. Había en medio del patio del hospital un pozo hondo, abundante en aguas, sin brocal. Cayó en él nuestro Juan, inadvertido del peligro, á vista de muchos. Convocóse la gente de la casa y vecindad, y, llegando algunos á la boca del pozo, vieron á Juan sentado sobre las aguas; echáronle una soga, y se la ciñó al cuerpo y salió muy alegre.

Preguntáronle cómo habiéndose hundido no se ahogó; á lo que contestó con el candor propio de su virtud que una hermosísima se-

ñora le había recibido en su manto al caer para que no se lastimase, y le había sostenido sobre las aguas. Admirados los circunstantes crecieron en la estima del Santo joven, y con nueva atención le miraban viendo que la mano del Señor era con él; porque, además de las maravillas que el cielo obraba á su favor, no podían menos de reconocer el dedo de Dios en la fervorosa caridad y santa diligencia con que asistía á los enfermos que se le habían encomendado.

Mientras el Santo se ocupaba en estos caritativos ejercicios, dióle nuestro Señor á entender ser su voluntad divina tratase de ingresar en alguna Orden religiosa. Conocida por nuestro Santo la voluntad de Dios, luego pensó ponerlo en práctica, por lo cual pedía sin cesar se dignase mostrarle la religión que debía abrazar. Estando un día muy encendido en su santa oración, oyó una voz que le decía: *Servirme has en una religión cuya perfección antigua ayudarás á levantar.*

Poco tiempo hacía que los Padres Carmelitas de la Observancia habían fundado su monasterio de Santa Ana en aquella villa. Luego se esparció la fama de que aquella religión era antiquísima y fundada bajo la especial protección de la Virgen del Carmen, á cuyo culto está consagrada.

La devoción de esta Señora y la antigüedad de la Orden presto le ganaron la inclinación, y huyendo de los lazos del siglo pidió el Santo hábito en aquel monasterio.

No dilataron el dársele, porque la fama de su mucha virtud y sus buenas obras le tenían bastantemente acreditado. Tomóle, pues, año de 1563, á los veintiuno de su edad.

Desde el noviciado comenzó de nuevo á trabajar en el ejercicio santo de la oración y demás virtudes de la religión con tal fervor, que á él, que era aún novicio, se le consideraba como muy anciano y experimentado en todos los caminos de la vida espiritual y religiosa. En su presencia se componían y moderaban sus hermanos: tal era la veneración que inspiraba el fervoroso novicio.

Pasado con estos fervores y aprovechamiento el año de noviciado, profesó en el de 1564 en el mismo convento de Santa Ana, siendo General de la Orden el muy reverendo P. Fr. Juan Bautista Rubeo de Rávena, y Provincial de Castilla el muy Revdo. P. Fr. Angel de Salazar, en cuyas manos hizo la profesión. Viéndose ya nuestro Santo unido con su Dios en virtud de la profesión religiosa, después de dar al Señor las más humildes y rendidas gracias por tan insigne beneficio, ya no pensó en otra cosa sino en conformar su vida á la del

divino modelo Jesucristo crucificado, guardando además con toda la perfección posible, y con licencia de sus Prelados, la regla de la Orden, que había sido mitigada por el santo Pontífice Eugenio IV. Aunque en lo exterior se conformaba con los demás, en lo secreto guardaba exactamente la regla primitiva declarada por Inocencio IV. Verdad es que nada conocían sus hermanos de las privaciones y austeridades que hacía ocultamente el bendito Santo; pero es la vida interior del religioso una luz que, por más que se quiera ocultar, esparrace tales resplandores que el Señor quiere se dejen ver para edificación de los demás: *Ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum qui in coelis est.*

Los Prelados de la Orden, comprendiendo el mérito de nuestro Santo, para que fuera lucidísima antorcha, no sólo á la Orden de María, sino á toda la Iglesia santa, le enviaron al colegio de Salamanca á estudiar Teología. En aquella ciudad, centro del saber, donde los más eminentes religiosos habían hallado el inestimable secreto de juntar la más vasta erudición con la práctica de la oración y de todas las virtudes religiosas, aprendió San Juan de la Cruz aquellas ciencias con que se forman los sacerdotes de la Ley de gracia. No descuidaba el Santo de imitar al Angélico Maestro, el

cual solía decir que más aprendió en la oración que con todas las fuerzas de su superior ingenio. Sin faltar á los deberes de buen colegial, fué tanto lo que se dió en este colegio á la lectura de libros místicos y á la oración, que causó admiración á cuantos le contemplaban. Dicen testigos de vista que atendidos, ora su modo de vida, ora su aprovechamiento en las ciencias, aquella alma era, sin duda, un tesoro de pureza, sagrario de santidad, arca de joyas celestiales, á quien el Señor se complacía en enseñar aquella ciencia toda celestial y divina, de la que no dudó afirmar el Revdo. P. Fray Juan Ponce de León: «Que nuestro Santo, por el estudio de las Sagradas Escrituras, despedía en sus exposiciones tales rayos de amor de Dios que ilustraba los entendimientos de los hombres y abrasaba sus corazones en el fuego de la caridad.» En tan santas disposiciones se encontraba San Juan de la Cruz cuando los Superiores de la Orden pensaron elevarle á la dignidad de los sagrados Ordenes.

Corría el año de 1567 cuando el Santo cumplió su curso de Teología, á los veinticinco de su edad, y ya era tiempo que se ordenase de Misa. No trataba de ello el siervo de Dios, reconociendo su indignidad; pero como los Prelados lo mandaron, se ordenó ese año. Volvió luego á Medina del Campo por mandato de

sus superiores á cantar la primera Misa, para dar este consuelo á su virtuosa madre.

Preparóse para recibir tan alta misericordia con tan largas vigiliass, con tan fervientes deseos y con tan profunda humildad, que mereció el favor de ser confirmado en gracia. Deseaba que, pues debía ejercer en la tierra tan alto ministerio, su alma estuviese desde aquel dichoso día tan íntimamente unida con su Dios que nunca se apartase de Él, al menos con ofensa alguna grave. Esta era su ansia, ésta su continua súplica á Jesús y á su Madre santísima; súplica que fué tan fervorosa el día que dijo su primera Misa, que dijo al Señor: «¡Oh Dios y Señor mío, yo no me apartaré del altar hasta merecer la dicha de ser confirmado en gracia!» Cuando así oraba, oyó que el Señor le decía: «Yo te concedo lo que me pides.» Quedó el devotísimo Padre bañado en gozo, lleno de humildad y colmado de reconocimiento á tan soberano beneficio, y sintió en su alma una espiritual renovación por modo tan delicado, que nunca supo explicar. Después de este don tan raro y admirable, se creyó el bendito Santo mucho más obligado para con Dios; así es que se dió á una vida de más oración, de más recogimiento, mortificación y retiro; y pareciéndole que en su Orden no encontraba aquello por lo que tanto ansiaba su espíritu,

determinó en su corazón pasarse á los Cartujos.

Mientras que nuestro Santo revolvía en su mente estos deseos de vida más áspera y retirada, la santa Madre Teresa de Jesús se encontraba en Medina haciendo la segunda fundación de la Reforma, que dió principio en San José de Avila, entre las personas de su sexo, el año de 1562. Mucho deseaba la gloriosa Santa que gozasen los religiosos de este bien de que gozaban ya por la bondad divina las religiosas; tenía para procurarlo licencias de nuestro Revmo. Padre General; pero le faltaban sujetos que se determinasen á abrazar la nueva reforma; no sabía á quién comunicar los secretos de su corazón, pero no por eso desmayaba su magnánima esperanza. Hallándose, pues, en la fundación de sus monjas en Medina, ayudóle mucho en aquella fundación un Padre venerable de la Orden llamado Fray Antonio de Heredia, Prior que era á la sazón del monasterio de Santa Ana, y que después se llamó en la Reforma Fray Antonio de Jesús. Determinóse la gloriosa Santa á desahogar los secretos de su corazón con este religiosísimo Padre, al cual le parecieron tan bien que se ofreció de muy buena gana á ser el primero que se calzase.

Mucho alegraron á la Santa, en un hombre

de casi cincuenta años de edad, tan santas resoluciones; sin embargo, como dice la misma Santa, «yo lo tuve por cosa de burla (son palabras suyas), y así se lo dije; porque, aunque siempre fué buen fraile, para principio semejante no me pareció sería ni tendría espíritu, ni llevaría adelante el rigor que era menester, por ser delicado.» Por lo cual la Santa le agradeció mucho su buena voluntad, pero le aconsejó que dejase su resolución para más adelante, y que entretanto se ejercitase en las cosas que debía prometer. Continuaba la Santa sus diligencias, no cesaba de suplicar á la Virgen Santísima le diese á entender quién era el destinado á dar principio á la santa Reforma entre los religiosos.

Antes que saliese de Medina se ofreció venir de Salamanca un Padre grave de la Orden, llamado Fr. Pedro Orozco, y llevó en su compañía á nuestro Santo, el cual venía con alegría al ver que en Medina tendría más proporción para negociar su tránsito á la Cartuja. Llegados á Medina, habló el P. Fr. Pedro con nuestra gloriosa Madre sobre asuntos graves de la Orden, y en particular sobre el asunto de la Reforma. Con esta ocasión la Santa, sin decirle nada de lo tratado con el P. Fr. Antonio, le descubrió el pensamiento de buscar frailes que diesen principio. A este propósito le dijo

el Padre cómo tenía uno en su compañía, aunque mozo, de rara virtud y aventajado espíritu, y tal cual para el intento se podía desear. Prendadísima quedó la Santa fundadora con esta relación; pero mucho más prendada y satisfecha quedó así que logró la ocasión de hablarle y penetrar por especial don del cielo los grandes fondos de aquel celestial diamante. «Mi hijo, le dijo la Santa cuando le hizo saber sus intentos de ir á la Cartuja, tenga paciencia y no se vaya á la Cartuja, que ahora tratamos de hacer una Reforma de Descalzos de nuestra Orden, y sé yo que se consolará con el aparejo que tendrá en ella para cumplir todos sus deseos de recogimiento, retiro de cosas de acá, oración y penitencia, y hará un gran servicio á Dios y á su Madre.»

Mucho agradaron al Santo las palabras de la santa Madre, y convino, en efecto, en ser uno de los religiosos de la Reforma si no se dilataba mucho la ejecución de aquella empresa tan admirable.

Gozosísima quedó con esto la valerosa fundadora, viéndose con dos frailes para dar principio á esta obra en el Cielo. Resueltos ya así el P. Fr. Antonio de Jesús, como el santo Padre, á ser los primeros Descalzos, dispuso la santa Madre que el P. Fr. Antonio se quedase en Medina para disponer lo necesario, dar

cuenta al Provincial de su persona y oficio, renunciarlo en sus manos y prometer la Regla primitiva. Mientras que el P. Fr. Antonio disponía los asuntos de su prelación, nuestro Santo pasó con la Santa á la fundación de la casa de religiosas de Valladolid. Quería la Santa que viera la manera de vida de las religiosas, y aprendiera el orden de la vida regular que debían observar los religiosos. Con esto tuvo ocasión de estudiar la uniformidad de vida que debían tener hijos é hijas de la Reforma carmelitana.

Entretanto no descuidaba la santa Madre procurar las licencias necesarias para establecer á sus religiosos en la diócesis de Avila. Un caballero de esta ciudad había ofrecido á la Santa una casa de labranza que poseía en Duruelo, aldea pequeña entre Fontiveros y Peñaranda. Gozosa la Santa de tener en donde poder comenzar su santa empresa, envió allá desde Valladolid á nuestro glorioso Santo con un albañil para arreglar algo la casa, y con algunas cosas, pocas y pobres, para el altar. ¡Ved aquí cómo principió la Reforma de la antiquísima Orden de Nuestra Señora del Carmen! ¡Principio despreciable á los ojos de los hombres, pero apreciable y glorioso á los ojos de Dios! ¡Principio que, cual insignificante grano de mostaza, fué paulatinamente creciendo y se extendió por toda la tierra!



CAPITULO II

San Juan de la Cruz hace la fundación del primer convento de la Reforma en Duruelo.

A últimos de Septiembre, teniendo nuestro Santo veintiséis años de edad, después de sacadas las licencias necesarias del Ilmo. Sr. Obispo de Avila, se fué á tomar posesión de la pobre casita de Duruelo. Era ella tan reducida y descompuesta, que bien necesitaba el bendito Santo de todo su fervor para exclamar lleno de júbilo cuando la vió: *Haec requies mea in saeculum, hic habitabo quoniam elegi eam.* Llegado á aquel portalico de Belén, como le llamaba la santa Madre, se prostró en tierra, regó su pavimento con dulces lágrimas, y comenzó á hacer las convenientes distribuciones de las pobres piezas de la casa. Del establo hizo iglesia, del desván coro, y de algunas habitaciones contiguas hizo celdas y cocina. La iglesia la adornó con cruces y calaveras; el coro y las celdas adornó del mismo

modo, no ofreciendo á su consideración y á la de los que habían de seguirle más que cruz y muerte. Al día siguiente de su llegada, dicha la santa Misa, poniendo el nuevo hábito de Carmelita Descalzo, cosido por nuestra santa Madre, sobre el altar, lo bendijo y se lo vistió, llevando los pies descalzos con las plantas por el suelo; hizo profesión de guardar sin mitigación hasta la muerte la Regla primitiva de Nuestra Señora del Carmen.

Ayunaba á pan y agua todos los días; no pocos llegaba la noche y aún no se había desayunado; ni tenía muchos días con qué, ni recursos para procurárselo, y además de esto los habitantes del lugar ignoraban que aquel á quien veneraban por Santo se hallase en necesidad. Pero el Señor, que tanto se complacía en aquella purísima alma, le confortaba y suplía con abundancia de bienes celestiales lo que faltaba de los de la tierra.

Era tal el fuego santo en que sentía abrasarse su seráfica alma, que le acaecía amanecer con los hábitos blancos de la nieve que, por lo mal acondicionado de la casa, caía sobre el lugar mismo donde oraba, sin haberlo él notado con ser tanto el frío. Decía Prima al amanecer, y celebrada la santa Misa iba después á las aldeas inmediatas, en las que se ocupaba en predicar y confesar á sus vecinos, viniendo

después á su casita sin haberse aún desayunado, diciendo con el divino Maestro: «Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre celestial.»

El celo de nuestro Santo, acompañado de aquel su aspecto tan penitente, aquellas palabras que salían de su boca tan abrasadas en el fuego santo de su amor hacia Dios y por la salvación de las almas, no podían menos de producir frutos abundantes de bendición en los pueblos que le escuchaban.

Pero veamos cómo resume la gloriosa Madre Santa Teresa de Jesús los prodigios de santidad que se renovaban en la nueva Tebaida de Duruelo:

«Nunca, decía la santa Madre, se me olvidará la devoción que infundía aquel lugar. Tenían una cruz pequeña de palo para el agua bendita, que tenía en ella pegada una imagen de papel con un Cristo, que parecía ponía más devoción que si fuera de cosa muy bien labrada... Supe que después que acababan Maitines hasta Prima no se tornaban á ir, sino allí se quedaban en oración, que la tenían tan grande que les acaecía ir con harta nieve en los hábitos cuando iban á Prima y no lo haber sentido. Iban á predicar legua y media y dos leguas descalzos, y con harta nieve y frío, y después que habían predicado y confesado, se tornaban bien tarde á comer á su casa.»

Son palabras de la Santa, cuyo testimonio dice lo bastante, ya de la vida penitente, ya del celo santo de nuestro bendito Padre por la gloria de Dios y por la salvación de las almas. Si aquí pudiéramos detenernos á ponderar la dicha de la diócesis toda de Avila, podríamos con razón decir que ha sido la distinguida, y que se ha visto claro que la oración de San Segundo y de sus ínclitos protectores han obtenido del Cielo en su favor que toda la gloria y hermosura del Carmelo les pertenezca: *Gloria Libani data est ei, decor Carmeli et Saron.*

Este fué el tenor de vida que observó nuestro glorioso Padre San Juan de la Cruz desde Septiembre hasta que el venerable P. Fr. Antonio de Jesús, después de arreglados todos los compromisos, se vino con el hermano Fray José de Cristo, corista, á unirse en Duruelo con nuestro glorioso Santo. Reunidos los tres dichosos varones escogidos por Dios para dar principio á la santa Reforma, dicha la Misa renovaron su profesión y prometieron vivir según la Regla primitiva de la Orden, sin mitigación hasta la muerte. Acaeció este fausto acontecimiento el primer domingo de Adviento, día 28 de Noviembre del año de 1568. Después quedó por Prelado primero de la Reforma nuestro P. Fr. Antonio de Jesús, y por maestro de novicios nuestro Santo; elección tan acertada, pro-

vechosa y excelente como se vió después por sus copiosos frutos, pues que, dotado el bendito Padre de un talento privilegiado, enriquecido con ciencia celestial y ansioso de ser una copia viva de Jesús crucificado, era el más á propósito para formar en el verdadero espíritu á los nuevos hijos del Carmelo. Ejercitó este oficio primero en Duruelo, después en Mance-
ra, y últimamente en Pastrana, y en todas partes iba dejando el suavísimo olor de sus heroicas virtudes. Por medio de este celo comunicaba su espíritu á las primicias de su Orden, y hacía de ellas ángeles por su pureza, anacoretas por la mortificación y la soledad, y por su oración y trato íntimo con Dios perpetuos adoradores de la soberana Majestad.

Poco tiempo pudieron permanecer en la pobre casita de Duruelo, pues por lo malsano del lugar se vieron en la precisión de trasladarse á una villa poco distante, llamada Mancera, donde una piadosa familia les ofrecía una casa. La fama de santidad, el buen olor de las virtudes y de la doctrina de los hijos de la nueva Reforma se fué poco á poco extendiendo por muchas provincias de España; por lo cual, movidos muchos, venían á solicitar ser admitidos en un instituto en donde tanta perfección se profesaba. Con un maestro tan santo como el bendito Padre salieron los novicios muy ejer-

citados en oración y penitencia, y tan aventajados varones apostólicos que honraron la casa de María y realizaron aquella promesa que el mismo Cristo hizo á su Esposa predilecta, Santa Tesesa de Jesús: «Espera, hija, y verás grandes cosas».

Con la bendición de Dios hizo tan rápidos progresos la naciente Reforma, que en breve tiempo se extendió por las provincias de España, con cuyo motivo dispusieron los Prelados que nuestro Santo pasase á Pastrana en clase de Vicario de la nueva fundación para plantear la observancia regular en aquella casa y formar con su aventajado espíritu el de catorce novicios que allí tenían. Admirable fué el modo con que cumplió la delicada misión que se le había encomendado, como lo prueban el fervor, retiro, penitencia y oración de los primitivos religiosos de la santa Reforma, que todos fueron hijos del espíritu de nuestro glorioso Santo. Gozoso estaba San Juan de la Cruz en aquella amable soledad y en medio de almas tan espirituales; pero el Señor, que no quiere se oculten bajo el celemín las luces santas evangélicas, sino que se pongan en parte donde luzcan para todos, inspiró á los superiores le trasladasen á Alcalá para formar con sus ejemplos admirables el primer convento-colegio que tuvo la Reforma en aquella célebre Universidad.

No tenía la Religión al principio Lectores para sus jóvenes, por lo que fué preciso mandarles á estudiar á la Universidad. La modestia, la humildad, la mortificación y compostura de los estudiantes Carmelitas fué tal, que llamaban la atención de los catedráticos y escolares de aquella ilustre escuela. Les admiraba el modo con que hermanaban tanta austeridad de vida con una asidua aplicación al estudio. Mucho sintieron los virtuosos profesores perder tal ejemplo con ocasión de la disposición tomada por los Prelados de la Orden, de formar Lectores y colegio dentro de la misma Religión, donde se educasen con más retiro sus jóvenes estudiantes; instaron á los Superiores para que no les privaran de tanto bien, y aun desearon con buen fin se moderase la austeridad de aquella naciente Reforma. Con las importantes lecciones de nuestro Santo, sus religiosos salieron tan aventajados aun en las ciencias filosóficas, que pudieron escribir la célebre obra de Filosofía llamada *Complutense*, la cual es la mejor exposición de la doctrina del Angélico Maestro Santo Tomás. En este colegio de Alcalá permaneció el bendito Padre formando á los jóvenes religiosos en ciencia y virtud, hasta que la santa obediencia le ordenó pasase á la ciudad de Avila.



CAPÍTULO III

Viene San Juan de la Cruz de confesor al monasterio de la Encarnación de Avila, y Dios publica su santidad con grandes maravillas.

EN Octubre del año 1572 nombraron á nuestra santa Madre Priora de la Encarnación, la cual, viendo las necesidades espirituales de su comunidad, pidió al Padre Visitador, Fr. Pedro Fernández, Domingo, nombrase confesores de aquellas religiosas á nuestro Santo y á otro Padre, Descalzo también, llamado Fr. Germán.

Vino en ello con gusto el Padre Visitador; y fueron tales los frutos de salvación que recogió aquella comunidad con el ejemplo y celestial doctrina de los religiosísimos Padres, que nuestra gloriosa Madre no hacía sino bendecir al Señor viendo la perfección de sus hijas, debida al celo santo del bendito Padre. Jamás le veían fuera de su pobre celda si no era cuan-

do lo exigían las necesidades de la comunidad y de la ciudad.

Trataba á las religiosas con humildad, gravedad y amor; no recibía regalos ni agasajos, y se contentaba con la comida pobre que le preparaban. Ninguna religiosa hallaba en él motivo de queja, porque á todas las trataba sin particular afecto. Hacíales con frecuencia fervorosas pláticas espirituales, y explicábales los grados de la oración; les daba á conocer las dulzuras del divino amor, y la necesidad que tenía el mundo de las casas religiosas para detener las justas iras del Señor. Tan bien supieron aprovecharse aquellas fervorosas siervas de Dios así de los ejemplos como de la doctrina de nuestro seráfico Padre, que en breve quedó aquella comunidad transformada en un paraíso.

Mucho honró el Señor á su siervo en el tiempo que permaneció en Avila, y mucho le acreditó con las maravillas que por él obró. Cayó enferma Doña María de Yera, religiosa grave y de toda estima; fué tal la enfermedad que luego la privó de los sentidos, y murió sin haber dado tiempo para administrarle los santos Sacramentos. Avisaron al venerable Padre, pero cuando llegó era ya tarde; turbadas y llorosas las religiosas, dijeron al bendito Padre: «Buena cuenta ha dado V. R., Padre nues-

tro, de su hija; ¿cómo es esto que la ha dejado morir sin Sacramentos?»

Calló el siervo de Dios, y, retirándose en silencio, se fué al coro á pedir al Señor le restituyera la vida. Estando el Santo en oración, comenzó la difunta á mudar de semblante y dar señales de haber oído el Señor la súplica de su siervo; al punto, con la admiración que se deja comprender, avisaron las religiosas al bendito Padre, quien acudió á la celda para proporcionarle todos los socorros con que acostumbra la Iglesia nuestra madre aliviar las agonías de la última hora; después de lo cual, animándola á la santa resignación en la voluntad de Dios, volvió á entregar su espíritu en las manos de su Criador. No menos maravilladas quedaron las religiosas de lo raro del suceso que de la santidad del bendito Padre y eficacia de su oración. Por otro nuevo modo las quiso el Señor confirmar en su opinión. Estando un día de la Santísima Trinidad hablando de tan soberano como regalado misterio con nuestra santa Madre, el venerable varón sentado en una silla por la parte de fuera, y la Santa en un banco por dentro del locutorio, después de haber discurrido alta y suavemente del inefable misterio, tanto se engolfó su bendita alma en aquel inmenso océano, tanto se encendió su fervoroso espíritu,

que, no pudiendo resistir la flaqueza de los sentidos, se rindieron á la fuerza divina, y el Santo, asiendo con las manos la silla que ocupaba, voló hasta dar en el techo. La Santa, que estaba atenta á las palabras del divino varón, recibiendo en sí los mismos efectos, experimentó la misma violencia y quedó arrobada. Por esto, y por otras muchas ocasiones en que la Santa contempló las continuas suspensiones de este fiel siervo, solía decir: «Que no se podía hablar de Dios con el Padre Fr. Juan, porque luego se trasponía y hacía trasponer.»

Consoló un día el Señor á su amigo, estando orando y en profunda meditación sobre los dolores que Jesucristo nuestro amante Redentor había padecido en la cruz. Representósele á los ojos corporales llagado, desconyuntado, sangriento y tan afeado como sus enemigos lo dejaron. Lo que causó en su alma tan lastimera figura, no es posible decirlo; pero quedóle tan impresa que, pasada la visión, pudo dibujarla en un papel que con religiosa veneración conservan las monjas de la Encarnación de Avila.

Mercédes semejantes dieron tanto crédito al venerable Padre, que ya no sólo en su convento, sino en todos los de Avila, y aun en muchas personas seglares, causaron admiración y fruto. Corría ya por la ciudad la fama

de su santidad y poder para con Dios, y ansiosos los fieles de gozar de su doctrina y dirección acudían al confesonario para curar de sus enfermedades espirituales. Reconciliaba á los pecadores con Dios; dábales lecciones y consejos saludables, con que les alentaba para la virtud, y todos admiraban en aquel pobre Descalzo un varón á quien el Señor había hecho poderoso en palabras y obras.

En diversas ocasiones quiso Dios atestiguar con sucesos maravillosos esta verdad. Había en un monasterio de la ciudad una religiosa de mucha perfección, á quien el demonio, envidioso, principió á inquietar con grandes tentaciones contra la pureza, contra la fe, y no pocas de blasfemia. Comunicó la sierva de Dios su trabajo con el bendito Padre, el cual la consoló mucho mucho y animó para la pelea; mas no desconfiando el demonio de ganar aquella alma para sí, tomaba algunas veces figura del venerable Padre: llamábala al confesonario, y la volvía á poner en un estado tristísimo de pena y aflicción y cuando el verdadero confesor venía, conociendo los ardides del tentador determinó pedir al Señor con ayunos y fervorosa oración librase á su sierva de aquel peligro, con lo cual, y con conjuros y exorcismos, consiguió vencer al enemigo y volver la deseada paz á aquella alma.

En otro convento había una monja que, seducida por el demonio desde la edad de seis años, en un billete firmado con su sangre declaraba tomarle por esposo. Entró después la desdichada joven en Religión porque las disposiciones de su casa la obligaron á ello. Aquí le cumplió su fingido consorte la promesa de que pudiera hablar todas las lenguas, entender todas las artes y declarar la divina Escritura con extraordinaria propiedad.

En mucho cuidado puso á los Prelados de aquella Orden caso tan poco acostumbrado; por lo cual, así que tuvieron noticia de la admirable vida del venerable Padre San Juan de la Cruz, y de la discreción de espíritu de que el Señor le había dotado, le rogaron que examinara su espíritu y dijese lo que se debía hacer. Luego conoció el Santo la procedencia de aquella desacostumbrada ciencia, y para luchar con acierto acudió á la oración y penitencia siguiendo el consejo del divino Maestro. Fué se el Santo al convento, llamó á la religiosa, y la que poco antes acostumbraba con su erudición á dejar admirados á los hombres más eminentes, enmudeció en presencia del venerable Padre.

Dió cuenta al Prelado de su comisión, á quien manifestó ser toda obra del demonio y que era necesario conjurarla; rogóle el mismo

Prelado se encargase del conjuro, lo que el Santo se vió como obligado á aceptar. Encargado ya de esta empresa, se previno con mucha oración y penitencia, y después se fué al convento, y en el primer examen conoció toda la enfermedad; supo por confesión del mismo demonio el tiempo que hacía que poseía aquella alma; averiguó el pacto de la cédula y el número de demonios que habían acudido; mandó á Lucifer se presentase, y al instante ¡caso admirable! se presentó con una figura tan espantable que las religiosas huyeron, y aun el compañero del Santo quería hacer lo mismo. La infeliz religiosa quedó privada de los sentidos todo el tiempo que duró el conjuro; mas volvía en sí luego que cesaba, cuyo tiempo aprovechaba el caritativo Padre para animarla á tener una gran confianza en la divina misericordia y proponerla los medios de obtenerla. Con las razones que de aquella boca celestial salieron, comenzó la religiosa á conocer su engaño y desear su remedio; pero el enemigo, viendo que se le arrebatava la presa, redobló sus infernales astucias, y tomando un día la forma del Santo Padre, se fué al convento simulando venir á confesar la religiosa. Como ella vió una figura tan semejante al Santo Padre Fr. Juan, dió lugar á la plática.

El demonio entonces, trocando la doctrina,

le dijo tantas cosas de la gravedad de sus culpas, de la imposibilidad de obtener el perdón, de la obligación de cumplir el pacto que ella misma había firmado con su sangre, y que obraba en su poder, que la infeliz deshacíase en lágrimas, y estuvo muy cerca de dar en una obstinación pertinaz viendo tan grave mudanza en el que antes tanto la había alentado. Por inspiración divina conoció el Santo desde su celdita lo que pasaba. Fué al convento, preguntó por la religiosa, y respondió la tornera que no podía hablarle porque estaba con el P. Fr. Juan de la Cruz; contestó el Padre que no podía ser porque él era Fr. Juan de la Cruz, y no el que estaba dentro. Atónita quedó la tornera; envióle al locutorio, y en entrando desapareció el demonio, y el Santo halló á la religiosa casi desesperada. Tomando de aquí ocasión para hacerle ver la flaqueza del demonio por una parte, puesto que huía de un pobre faile, y por otra la bondad y misericordia inefables del Señor, que tan visiblemente acudía á su remedio, comenzó á alentar á aquella infeliz alma y ponerla en esperanza de su cura. Conjuró al demonio, y le mandó que dejara libre aquella alma, y entregara visiblemente la cédula que le había dado, y no volviera jamás á sugerir temores á la que Dios quería para sí. En el acto obedeció bien á su pesar el

demonio; entregó la cédula, y dando horribles alaridos desapareció, dejando á la religiosa muy mejorada así en lo corporal como en lo espiritual.

El que era fuerte contra los demonios, no lo fué menos contra los vicios. Había en la ciudad una joven demasiado desenvuelta, que con sus galas y maneras era un verdadero lazo de pecado á los incautos. Sus parientes lamentaban su modo de proceder, y deseando sacarla de aquel estado, le aconsejaron se confesara con el descalzo Carmelita.

Resistiólo al principio; pero, vencida por los impulsos de la gracia, vino á sus pies, y en breve se la vió con edificación mudar de vida.

Otra que, después de haber consagrado su vida al Señor con voto, la emp'eaba en deleites torpes, con el trato y comunicación del bendito Padre dejó la ocasión y reparó el escándalo con una vida santa.

Estas conversiones tan ruidosas excitaron contra él el furor del infierno, y aun de los cómplices á quienes arrebatava sus criminales presas, por lo que le daban continuos golpes, malos tratamientos y otras persecuciones penosas; pero en medio de todo resplandecía admirablemente su heroica resignación y paciencia.

Buena ocasión le deparaba el Señor para

practicar estas tan admirables virtudes. Habiéndose celebrado en Plasencia (Italia) Capítulo general de la Orden, se decretó que los descalzos volvieran á la observancia. En este tiempo pasó nuestro Padre á la primera Junta que los Descalzos celebraron en Almodóvar.

Grandes fueron los trabajos y penas de espíritu y cuerpo que sufrió este varón esclarecido cuando, permitiéndolo así Dios para saciar la sed de trabajos que el Santo tenía, y para ser más glorificado el Señor en su siervo, fué llevado de Avila á Toledo, donde por espacio de nueve meses sólo Dios y los ángeles saben lo que con una asombrosa humildad y paciencia padeció, mereciendo que el mismo Señor y la Reina del cielo le consolaran y animaran de varios modos.

De Toledo pasó nuestro Santo al convento del Calvario en Andalucía. Al pasar por la villa de Veas, nuestras religiosas le suplicaron pasase en su compañía unos días mientras descansaba algún tanto y se reponía su salud, tan quebrantada. Ansiosas aquellas sus amadas hijas por consolarle después de tantas angustias, le cantaron una devota letrilla que para las Pascuas habían compuesto, la cual decía así:

Quien no sabe de penas
En este triste valle de dolores,
No sabe de buenas,

Ni ha gustado de amores,
Pues penas es traje de amadores.

Esta letrilla tan tierna y significativa de tal modo conmovió al enamorado de la cruz de Jesucristo, que por espacio de una hora quedó su bendita alma en dulce suspensión en presencia de la comunidad. ¡Caso extraordinario! El nombre sólo de trabajos le hace salir fuera de sí, y le arrebató hasta hacerle gozar de las dulzuras inefables del amor divino. A muchos Santos ha acaecido salir fuera de sí al considerar la bondad del Señor y la gloria de los bienaventurados en el cielo; pero que al oír loar los trabajos suspenda y saque fuera de sí, parece que sólo lo ha concedido el Señor á este gran amador de la Cruz.





CAPITULO IV

Es nombrado San Juan de la Cruz Vicario del Calvario, después Rector de Baeza, y últimamente Prior de Granada.— Dícense los milagros con que Dios publicaba su santidad.

CUANDO San Juan de la Cruz había ya asentado con tanta perfección la observancia regular en la Encarnación de Avila durante los cinco años que dirigió aquella religiosísima comunidad, ya se ha dicho que el Señor, por adorables fines de su Providencia, permitió que nuestro Santo fuese atribulado, y estuviese lleno de penas y disgustos durante nueve meses que pasó en Toledo.

Después de tan lamentables sucesos pasó á Andalucía para gobernar con título de Vicario nuestro monasterio del Calvario.

Desde luego comenzó á asentar en aquella casa la vida eremítica. La comida ordinaria de los religiosos era de hierbas condimentadas con un poco de ajo; no usaban de aceite más que en los días festivos, ni bebían vino. Las

disciplinas, cilicios y todo género de mortificaciones eran sus continuos ejercicios, con los cuales aquellos siervos de Dios pretendían renovar en el reformado Carmelo los rigores del Egipto y la Tebaida.

Cuando tan olvidados vivían de sí mismos y tan consagrados á Dios, el Señor cuidaba de proveerles de lo necesario. Un día no tenían pan para comer; sabedor nuestro santo Padre de la falta, ordenó, sin embargo, que se hiciera señal para el refectorio como de costumbre. El Santo, ya que faltaba el pan material, dió á sus hijos el espiritual, haciéndoles al propósito una tan fervorosa plática que los religiosos volvieron á sus celdas más satisfechos y gozosos que si hubieran gustado los mejores manjares de la tierra. Pero no consintió el Señor que sus fieles siervos pasaran sin el pan de cada día; así es que, apenas se hubieron recogido en sus celdas, llamó un hombre á la portería que traía de limosna una carga de pan y otros manjares. Nuestro Santo, viendo cuán pronto les había acudido el Señor con el socorro, comenzó á derramar lágrimas, pues que se echaba de ver, decía él, que no fiaba mucho el Señor de la tolerancia de aquellos religiosos. ¡Ay qué reprensión para los que con tanta inquietud buscan los regalos de la tierra, olvidados de que, según las doctrinas del divino

Maestro, debemos buscar primero el reino de Dios y su justicia, dejando para el Señor el proveernos de las cosas terrenas!

Con otra maravilla quiso manifestar Su Majestad la virtud del bendito Santo, haciendo que el padre de la mentira diera testimonio de ella. Había en la villa de Iznatoraf un infeliz endemoniado, en quien el enemigo estaba tan encastillado que resistía á los mismos exorcismos de la Iglesia. Rogaron al Santo viniese á conjurarlo y tomar por su cuenta el remedio de aquella alma. Apenas se presentó el Santo á la vista del triste hombre, exclamó el demonio: «Ya tenemos otro Basilio en la tierra que nos persiga.» Conjuró al poseído, é inmediatamente salió el demonio, y el hombre quedó sano. Quiso Satanás vengarse de esta afrenta, y como en Avila, instigó á una mujer para que le provocase á acciones menos honestas. Pero el venerable Padre, conociendo la ponzoña y al autor de ella, le afeó su intento, y la atrevida mujer enmudeció, no atreviéndose á llevar adelante su mal propósito. En estos ejercicios de virtud y en la dirección de las religiosas de Veas se ocupó el Santo Padre hasta que se ofreció encargarle la obediencia la fundación del colegio de Baeza, profetizada por él tiempo antes.

Hecha la fundación del colegio de Baeza,

fué el Santo nombrado Rector de aquella nueva casa, el cual ordenó de tal manera y con tanta perfección sus observancias, así monásticas como escolares, que era la admiración de toda aquella nobilísima ciudad. ¿Qué más? Según deposición de acreditados testigos, más era aquél yermo que colegio; era la escuela de donde salieron los más aventajados teólogos y predicadores de aquella religiosa Provincia.

¡Y cómo no habían de darse estos gloriosos resultados en lo religioso y en lo científico siendo el Santo Rector, cuya vida más era de serafín que de hombre terreno, el que les alcanzaba con su oración las luces del Espíritu Santo! En la meditación del misterio de la Santísima Trinidad vió aquí aquellos bienes inefables de la gloria que nos esperan en el cielo, y de que, haciendo plática dos veces á las religiosas, se sintió interiormente tan inflamado en el amor de Dios que quedó en dulce suspensión por largo rato.

«¿No ven, les decía después, qué sueño me ha cargado?» ¡Humano serafín, que así se le enajenaban los sentidos con sueños celestiales! Celebraba un día la memoria del nacimiento del Niño Jesús; y después de representar las fatigas de la Virgen y San José buscando posada en Belén, tomó en sus brazos una imagen

del divino Niño, y abrazándose con ella, exclamó fuera de sí:

 Mi dulce y tierno Jesús:
 Si amores me han de matar,
 Ahora tienen lugar.

Estas palabras, tan llenas de devoción, le hicieron quedar absorto por mucho tiempo. Mientras que el Santo vivía en esta santa casa, el Sumo Pontífice Gregorio XIII mandó por un Breve hacer Provincia aparte de Descalzos Carmelitas. Juntáronse los Padres en Alcalá á 4 de Marzo de 1581; en dicha Junta ó Capítulo, primero de la santa Reforma, salió nuestro Santo electo tercer Definidor, encomendándosele poco después el priorato de Granada. Del punto de perfección en que el Santo puso al priorato de Granada dicen mucho los historiadores; y habiendo dado noticias de lo que en las demás prelacías sucedió, no es necesario repetirlo aquí. Lo que nunca se acabará de admirar es aquella invisible y secreta fuerza con que se insinuaba en los corazones de todos, ganándolos para Dios, quien á su vez manifestaba cuánto se complacía en su siervo: «Padre nuestro, le dice un día el Procurador, no tiene mañana la comunidad que comer;» á lo cual el santo Prior respondió: «Aun tiene Dios tiempo para proveernos». ¡Caso admirable! Cuando estaban los religiosos en Prima,

llegó un hombre preguntando con afán: «¿Qué necesidad hay en esta casa? No he podido dormir en toda la noche, porque una voz interior me decía: Tú estás regalado, y con gran necesidad los frailes de los Mártires.»

No acabaríamos si hubiéramos de decir por extenso las providencias de Dios para con esta casa y su Prelado. Fueron tantos los favores del cielo, que los religiosos le miraban y oían como á un prodigio de la gracia; sus pláticas eran saetas inflamadas que herían de amor el corazón de sus hijos. Así es que dejó el Santo tan bien asentado el fervor en aquella casa, que Granada ha sido una de las poblaciones de Andalucía más favorecidas del cielo y que más amor han profesado á nuestro Santo glorioso. En esta ciudad manifestó el Señor su santidad con repetidas maravillas, entre otras la de haber el Santo socorrido á los pobres de la ciudad en una gran carestía que hubo, viendo todos con asombro que cuanto más daba más trigo se encontraba en la panera; en otra ocasión libró de la posesión del demonio á un pobre desgraciado.

Tiene además este convento la dicha de haberse escrito en él casi todas las obras espirituales que, inspirado por Dios, escribió este aventajado maestro de la mística Teología, á saber:

La exposición del cántico *¿Adónde te escondiste?*, *La subida del Monte Carmelo*, *La noche oscura* y la declaración del cántico espiritual *¡Oh llama de amor vivo!*, y además *Cautelas*, *Avisos* y *Cartas espirituales*, obras sublimes que revelan los profundos conocimientos de nuestro Padre, su extraordinaria inteligencia en las sentencias de la Sagrada Escritura, y, sobre todo, el modo admirable de explicar los arcanos divinos, para lo cual, según el sentir de la Iglesia, fué instruído por una sabiduría celestial. En estas obras se echa de ver que la poesía sagrada tiene conceptos más sublimes y tiernos que los que expresaron las ingeniosas pinturas de los más ilustres poetas griegos y latinos. Fué San Juan de la Cruz en su siglo tan aventajado en la composición de canciones espirituales, que con razón confesaban ser el primer poeta de su época.

Cuando San Juan de la Cruz dejaba en pos de sí tan esclarecida fama de santidad y milagros, el Señor le destinaba para desempeñar los principales oficios en aquella Orden, de quien era fundador y Padre.

El año de 1585, á 11 de Mayo, asistió en Lisboa al Capítulo provincial, en que quedó electo segundo Definidor. Comprendiendo los Padres del Capítulo la necesidad que había de dividir en distritos la Provincia, señalaron á

nuestro Santo el de Andalucía con título de Vicaría provincial. Admirable era el fruto que sus santas visitas producían en los conventos, y el amor que su santidad granjeaba en todas partes, así de religiosos, como de eclesiásticos y seglares.

Apenas llegaba de visita á los conventos, cuando se le veía asistir el primero á los actos de comunidad y mortificación, sin que le sirvieran de excusa el cansancio y fatigas del camino. A todos consolaba y daba avisos de más perfección y santidad, alentándolos á la observancia de la santa Regla y Constituciones. Ayudaba á esto el ver los prodigios con que por doquiera iba atestiguando el Señor la santidad de su siervo. Al Hermano que en los caminos le acompañaba, curó milagrosamente la rotura de una pierna; en otra ocasión atravesó un caudaloso río para asistir á un moribundo. Fué este acontecimiento muy ruidoso, porque al llegar á la orilla del río quiso pasarlo en su jumentillo; mas no pudiendo el animal sostenerse por la fuerza de la corriente, fué arrastrado por las aguas, dejando al Santo en el mayor peligro, del cual le sacó la Virgen Santísima asiéndole de la capa. Pasado milagrosamente á la otra parte del río, se apresuró el Santo para llegar á tiempo á una venta donde se hallaba el moribundo, y en llegando halló

que el infeliz acababa de ser herido de muerte en una riña; consolóle, y después le confesó; asistióle por espacio de dos horas, después de las cuales murió reconciliado con Dios y arrepentido de sus pasados desórdenes. La noticia de estas maravillas le hacía ser venerado en todos los pueblos por donde pasaba.





CAPÍTULO V

Hace San Juan de la Cruz las fundaciones de Córdoba y Segovia para religiosos, y entiende en la fundación de Madrid para religiosas.

EL 18 de Agosto de 1586 fundó nuestro Santo en Córdoba el convento de religiosos bajo la advocación del glorioso San Roque. Para realizar el plano del arquitecto hubo necesidad de tirar una pared vieja contigua á la celda del Santo; pero al venirse la pared á tierra dió sobre su celda y la arruinó. Todos le juzgaron muerto bajo los escombros, le fueron á buscar y le hallaron felizmente sin lesión alguna. «La Virgen María, les dijo, me ha librado.»

En Septiembre del mismo año vino á Madrid, en compañía de la venerable Ana de Jesús, á fundar el convento de Santa Ana, que se hizo como nuestra gloriosa Madre Santa Teresa de Jesús lo había deseado. Al regresar el Santo á su Provincia de Andalucía, se concer-

tó en Octubre la fundación de un convento de religiosos dos leguas de Jaén, y al año siguiente otro en Caravaca. Tantas fatigas y trabajos iban ya debilitando sus fuerzas, y se conocía que el Señor iba abreviando los días de su destierro. El Santo suplicaba á su Divina Majestad que antes de morir le concediese tres gracias; la primera, *que muriese siendo súbdito y ejercitado de su Prelado*; la segunda, *que le diesen en qué padecer por su amor*; y la tercera, *que muriese donde no fuera conocido*.

¡Admirables peticiones que el Señor oyó y despachó como deseaba!!! El año de 1587 terminó su oficio de Vicario provincial de Andalucía, y fué nombrado después Prior de Granada, oficio que no tuvo más que por un mes. En este tiempo se resolvió en la Junta de Consiliarios la fundación del convento de religiosos de Segovia; y como los fundadores lo tenían tratado antes con nuestro santo Padre, dispusieron los Prelados se encargara de llevarla á cabo.

No le pareció bien al Santo lo que llevaban ya obrado para la nueva fundación; así es que mudó de sitio, y él mismo con sus benditas manos trabajaba con los peones, y era el que más se apresuraba á dar cima á aquel convento que debía ser devoto relicario de su santo cuerpo.

¡Oh ciudad, la más dichosa entre las en que tienen casa los hijos del Carmelo! Tú tienes la felicidad inestimable de poseer los restos venerandos de aquel glorioso Santo que, habiendo heredado el doble espíritu de su santo Padre Elías, es en la presencia de Dios un poderoso mediador y abogado para el remedio de todas tus necesidades, así espirituales como temporales! Considera aquella cueva en que empleaba largo tiempo en santa oración; mira aquella estrecha celda en que vivía, y no apartes tu vista de esa humilde y reducida caja que encierra su incorrupto y sagrado cuerpo. Todo esto te ofrece el Señor para que veas que la memoria del justo es eterna. En este santo convento se conserva también un lienzo que representa la dolorosa figura de Nuestro Señor Jesucristo llevando la cruz, que es el mismo ante el cual, haciendo oración nuestro Santo, oyó hasta tres veces estas consoladoras palabras: «Juan, ¿qué premio quieres por todo lo que has hecho y padecido por mi amor?» «¡Oh Señor! ¡Vos estáis coronado de espinas, despreciado y entre dolores, y me preguntáis qué premio quiero!!! Pues, Señor, escojo para mí lo que Vos habéis escogido por mí; quiero, respondió el Santo, *padecer y ser despreciado por ti.*» ¡Oh respuesta digna de la admiración de los ángeles y de todos los

hombres, en la que nos manifiesta el Señor á qué grado de transformación divina en Cristo había elevado á este extraordinario amador de la cruz santa de su amantísimo Hijo! Era tal, en efecto, su transformación, que su vida era un éxtasis habitual, de modo que no se daba á sí mismo cuenta de lo que le ponían para comer, y en sus pláticas espirituales eran tales los conceptos que su lengua expresaba, que no parecía sino que su alma había penetrado los más secretos velos de la Divinidad. Cuando por necesidad tenía que entender como Prelado en las cosas de la Comunidad, tropezaba con las paredes; y cuando administraba el santo sacramento de la Penitencia á las religiosas de Segovia, le era preciso, para no trasponerse, picarse con alfileres, apretar más el cilicio ó dar con los nudillos de los dedos en las paredes hasta sacarse sangre. El fuego del amor divino derretía su corazón de tal manera, que se echaba de ver en su semblante. Quien así trataba con su Dios, ¿qué es de admirar registrara los sucesos futuros y descubriera el secreto de los corazones humanos? Dos religiosos de Segovia trataban de pasar á la Cartuja, y llamando el Santo á uno le dijo que dejase la compañía del otro, el cual acabaría mal, como sucedió. A un señor canónigo de Segovia que le consultaba si acepta-

ría un obispado, le contestó que no hiciese tal, porque pasaría muchos trabajos, como le sucedió (pues no siguió el consejo del Santo). A un piadoso barbero de Segovia que rasuraba á los religiosos por caridad, mandó dar un abrigo que necesitaba y que él tenía intención de comprar. A una religiosa de Segovia que no hacía memoria de una falta que había cometido, le dijo: «Hija, acuérdesse de esto y esto que ha hecho.» En fin, no terminaríamos si hubiéramos de referir los repetidos casos en que manifestó el Señor haber descubierto á su siervo los secretos de sus corazones.

Cuando así publicaba el Señor el mérito del Santo, los Prelados de la Orden, sin querer, iban preparando el camino para que tuviesen su efecto las peticiones del venerable Padre, esto es, que muriese siendo súbdito, que sufriera trabajos y que muriese donde no fuera conocido. Con la forma de gobierno que se había introducido en la Orden, á la que dieron el nombre de *Consulta*, no vinieron bien las monjas por algunas razones que ellas creyeron justas; así es que pidieron á Su Santidad un Breve para eximirse de la Consulta, y en su lugar se les diese un Comisario que las gobernara.

Ofendidos los Prelados de la Consulta de la conducta de las monjas, pensaron desentenderse enteramente de su dirección y gobierno.

Mucho sintió nuestra gloriosa Madre Santa Teresa de Jesús, que estaba ya en el cielo, que pensasen los Prelados abandonar y separar de la Orden á sus hijas, y así se le quejó á su predilecta hija la venerable Ana de San Bartolomé: *Ayúdame, hija, que se me van las monjas de la Orden.* Nuestro glorioso Padre San Juan de la Cruz, que era uno de los Consultores, defendía por su parte la inocencia de las monjas y rogaba á los demás Padres que las perdonasen porque las habían aconsejado mal.

El celo que mostró el santo Padre por conservar á sus hijas bajo el gobierno y dirección de la Orden, dió ocasión para que quedase en clase de súbdito y libre de toda prelación. Cuando los Padres reflexionaron sobre el resultado de las votaciones, quisieron reparar su proceder y rogaron al Santo fuese á continuar el gobierno de la casa de Segovia; pero el Santo resistió absolutamente y pidió le dejasen ir á las Indias. Mas no habiéndolo consentido los Padres, que eran á la vez sus hijos, se volvió á Segovia para despedirse de los fundadores de aquella casa, que eran sus hijos de confesión, y de las religiosas, y desde allí se retiró á su amada soledad del santo desierto de la Peñuela. Aquí dió rienda suelta á los fervores santos de su seráfico pecho, y á pesar de sus pocas fuerzas era modelo de todos y como el

alma de aquella Tebaida. Aquí también manifestó el Señor con repetidos prodigios la santidad de su siervo, el cual serenó una deshecha tempestad haciendo cuatro cruces en el aire. En la huerta apagó un grande incendio que por un descuido se había producido y amenazaba abrasar el convento. ¿Qué más? De entre las llamas se vió salir una liebre que se fué á acoger al Santo para defenderse del fuego.

En este mismo desierto de la Peñuela acabó y perfeccionó sus escritos espirituales, en los cuales se echa de ver la ciencia divina de que el Señor le había admirablemente dotado para que encaminase á las almas á la más alta perfección, y en ellos dejó consignada á sus hijos su última voluntad de que trabajasen por imitar en todo al divino ejemplar de predestinados, Jesucristo nuestro Señor.





CAPÍTULO VI

Muerte de San Juan de la Cruz; sepultura y milagros
que se obraron después de su muerte.

QUERIENDO ya el Señor llevar para sí á su amado siervo, comenzó á disponerle con penosas enfermedades de fuertes calenturas, de las que le resultó una grande inflamación en una pierna.

Con este motivo ordenaron los Prelados que se fuese á curar á un convento en poblado, y el Santo escogió el de Ubeda, en el cual le esperaban de parte del Prelado, que le era desafecto, muchos ejercicios de paciencia, y por otra parte era una población donde no era conocido. Puesto en camino, fué tan grande la fatiga y tan extremada la debilidad, que el Hermano que le acompañaba quiso que tomara algún alimento; pero el Santo nada apetecía. Sin embargo, el Hermano le preguntó qué cosa tomaría con más gusto, y el Santo le respondió que tomaría espárragos, pero que ya veía que en el mes de Septiembre no era posible

tenerlos. Mas el Señor, que quería consolar á este justo, fué servido de que, al mirar hacia el arroyo, viesen sobre una piedra un buen manojo de ellos, con que el Señor regalaba á su siervo. Dieron los dos las gracias á nuestro Señor, y, acusándose el Santo de poco mortificado, no quiso gustar aquel pequeño alivio que el mismo Dios le proporcionaba.

Llegó por fin á Ubeda tan fatigado del viaje y con tal inflamación en la pierna, que abierta por cinco partes en forma de cruz, arrojaba en gran cantidad el humor. Así que llegó, exclamó: *Haec requies mea*. Sí, allí fué donde el Señor le debía llamar para sí después de purificarle con pruebas tan amargas como la muerte misma; pero el Señor, que así purificaba á su siervo, no se olvidaba de consolar al que sufría por su amor. Las familias más principales mandaban paños y vendas para las heridas, y otras tomaban á su cargo lavar la ropa que servía al siervo de Dios; y todos á porfía se disputaban el honor de servir en algo á aquel humilde religioso, cuya alma era de tanto agrado en la presencia de Dios. En este estado pasó el venerable Padre dos meses y medio, hasta que llegada la víspera de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, viéndole el médico muy grave, dispuso se le administrara el santo Viático. Así que oyó el Santo las disposiciones del facultativo, exclamó:

mó: *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi; in domum Domini ibimus.* Recibió el santo Viático con una devoción tan tierna y amorosa cual se puede creer de una alma tan pura; después, viendo sus afligidos hijos que se acababa ya la vida de su venerado Padre, bañados todos en tiernas lágrimas le suplicaron les diese su bendición antes de morir; y dándosela él según lo deseaban, les rogó le leyeran el libro de los *Cantares*. Poco antes de las doce se compuso el cuerpo con gran modestia en su pobre tarima, y tomando en sus manos un devoto crucifijo, se quedó con aquel divino Señor en contemplación dulcísima; rodeóle un globo de clarísima luz, el cual recibió aquella seráfica alma y la trasladó al paraíso de la gloria. Así expiró nuestro glorioso Santo el sábado 14 de Diciembre del año del Señor de 1591, á la edad de 49 años.

Quedó su rostro sonrosado, hermoso y encendido, y todo su santo cuerpo despidiendo una suavísima fragancia.

Luego que se divulgó en Ubeda la noticia de la muerte del Santo, al punto acudieron los vecinos al convento, suplicando se les permitiera venerar aquellas santas reliquias, con especialidad un carpintero á quien avisó el Santo que se libertara con la fuga de la muerte con que le amenazaban unos sus enemigos. Llegó éste al convento llorando su mala vida y dando gracias

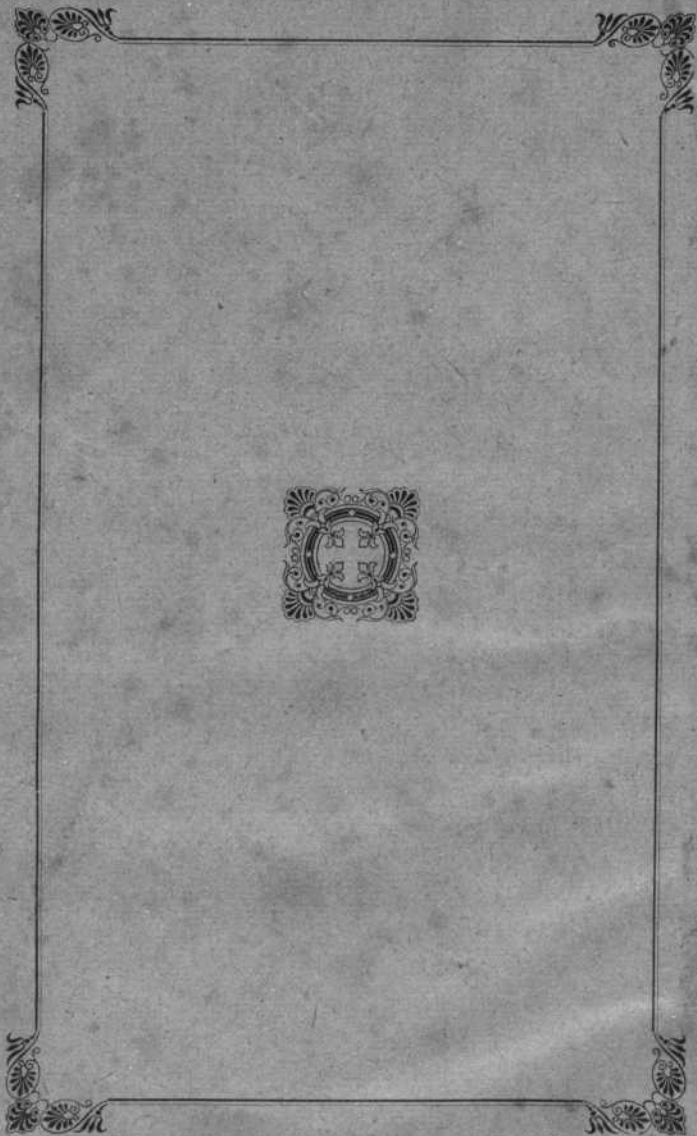
á su bienhechor. En fin, fué tal el concurso, que se vieron los religiosos en la precisión de exponer el santo cuerpo en la iglesia y defender las santas reliquias, porque todos querían llevar alguna para satisfacer su devoción. Se distinguió entre los demás un Padre de la Orden del glorioso Santo Domingo, quien, para hacer con disimulo el piadoso hurto que meditaba, se echó sobre el Santo para cortar con los dientes un dedo; pero vió con asombro que el Santo retiró su mano.

Señalada la hora del funeral, acudieron todos los vecinos de Ubeda y todas las comunidades religiosas. Celebrada la santa Misa y dicho el sermón de honras, todos querían tomar parte en colocar en el sepulcro su bendito cuerpo. Después de su santa muerte manifestó el Señor de muchas maneras la santidad de su fiel siervo, ya con apariciones, ya con curaciones milagrosas, y ya también con admirables conversiones de grandes pecadores. En vista de lo cual los Prelados de la Orden se movieron á suplicar á la Santa Sede se dignara conceder la gracia de comenzar las causas de beatificación y canonización del venerable siervo de Dios. El cuerpo del Santo quedó sepultado en la iglesia de la Orden, de Ubeda; mas á los dieciocho meses, con las licencias necesarias, se le trasladó á Segovia. Allí se le dió sepultura al principio

en tierra, hasta que después, en vista de los milagros que el Señor obraba por su intercesión, se dispuso se le levantara de la tierra y se le colocara en una magnífica urna que se construyó para el efecto. Los habitantes de Ubeda, cuando supieron que se les había despojado de su santo tesoro, enviaron comisionados al Papa Clemente VIII reclamando el cuerpo del Santo, el cual, accediendo á sus piadosos deseos, ordenó se les devolviera; mas los Prelados de la Orden, para evitar divisiones entre las dos nobles ciudades de Segovia y Ubeda, procuraron concertarlas: dieron á Ubeda las dos piernas y un brazo, dejando en Segovia lo restante del cuerpo. Tanto en una como en otra ciudad se veneran sus reliquias en suntuosas capillas.

Hé aquí, cristiano lector, en pocas páginas compendiada una vida digna por cierto de la consideración del pueblo fiel. Nada se ha dicho de sus obras espirituales, llenas de instrucciones sumamente útiles y provechosas para las almas que caminan á la perfección. ¡Ojalá que se conocieran sus escritos, y que, aleccionado en ellos, se levantara ya el mundo del letargo fatal del pecado y de la indiferencia religiosa á que le han conducido la Prensa y las caricaturas inmorales! Amén.









MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN IX y X

Libros escritos sobre Carmelitas de la Reforma Teresiana.

Número.....	2339	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	964	Precio de adquisición.	»
Tabla	4	Valoración actual.....	»

35

3339.